

## Sobre libros de viajes y Cuenca

Luis Calvo Cortijo

En principio, nada o muy poco se puede hablar de libros de viajes en torno a Cuenca, y no mucho de los viajeros que por aquí pasaron, sobre todo haciendo camino hacia otros territorios que, al fin y al cabo, eran las metas que imponían los clichés sobre España. Quizás, echando una ojeada al tema en general, y extrapolando una serie de matices que pudieran darnos una idea sobre el talante que pasearon los viajeros por nuestro país, fundamentalmente en el siglo de la Ilustración, cuando se produjo el gran “boom” de visitantes, sobre todo británicos, podríamos, por extensión, sacar alguna consecuencia que nos sirviera para explicar la marginación, cuasi total, de Cuenca, con respecto al interés de estos “curiosos impertinentes”, como los denomina Ana Clara Guerrero, en su excepcional obra ***Viajeros británicos en la España del siglo XVIII***, que he utilizado como pauta para buena parte de esta intervención en el Congreso.

Sostiene Juderías, en su libro ***La Leyenda Negra***, que la común actitud de los viajeros por España, sobre todo ingleses y, especialmente, los “ilustrados”, a la hora de enjuiciar la realidad de nuestro país, es consecuencia de una descarada conspiración, aceptada sin resistencia alguna, lo cual ha permitido su permanencia en el tiempo. Así, para los viajeros de la Ilustración, España será el paradigma de todos los defectos políticos, económicos y sociales que, a toda costa, debería evitar Inglaterra y, sobre todo, regida por una monarquía que, en este caso de los Borbones, se mostraba impotente para recuperar al país de la profunda decadencia propiciada por los Austrias, acusándola, además, de coartar las libertades ciudadanas, por lo cual no entendían cómo los “ilustrados” españoles podían sentirse cómodos con el régimen, opinión que desvirtúa la realidad por cuanto no hay nada más que recordar actitudes como las de Jovellanos, por no mencionar otras figuras de nuestro siglo XVIII. El propio Voltaire, pro-sajón impenitente, sostenía por entonces que *“España era un país que no merecía la pena conocerse”*, según dejó constancia en su correspondencia con el viajero inglés Sherlock, en 1776, aunque esta fuera una opinión que pretendía mantener el prestigio de lo que se conocía como el GRAN TOUR, de cuyas rutas estaba excluido nuestro país, con lo cual el pensador francés se encuadraba en la opinión generalizada en la Europa “ilustrada”, lo que no era óbice para que el espíritu aventurero de los británicos los empujara hacia España, aunque se tratara de personajes de segunda fila, sobre todo militares, comerciantes y diplomáticos, con escasa “profesionalidad” como viajeros y muy lejos del prestigio de Smith, Gibbon, Jonson o el mismo Defoe, plumas que seguían devotamente los caminos del GRAN TOUR, si bien es verdad que la presencia de estos segundones en España se debía a exigencias de sus destinos oficiales, aprovechando las estancias obligadas en nuestro país para publicar sus experiencias que, por otra parte, el público inglés devoraba con cierta avidéz, sin importarle la capacidad de estos escritores de fortuna que, normalmente, mantenían estancias breves, con el inconveniente añadido de un mínimo contacto con el pueblo, circunstancia que les llevaba al uso de los múltiples tópicos que ya circulaban por todas partes.

### Una visión nada complaciente, en inglés

Hasta el siglo XVIII, cuando se produce el “boom” de viajeros ingleses hacia España, alentado, como veremos, por intereses políticos, los viajeros eran fedatarios, más o menos detalladamente, de las situaciones geográficas, riquezas monumentales y, en contadísimas ocasiones, de las circunstancias sociales. Eran una especie de

descubridores de mundos físicos, como lo hicieron en la antigüedad Homero, Plinio, Hannun de Cartago, Piteas, Ptolomeo, luego Marco Polo, el fastuoso León de Rosmithal de Blatna, un noble bohemio que en el siglo XV recorrió España con un séquito de cuarenta personal y medio centenar de caballos, el austriaco Münzer, cinco veces viajero por nuestro país, o Andrés Navagero, un diplomático-poeta enamorado de los huertos y jardines españoles; personajes exóticos que pasaron por nuestra región soslayando Cuenca, a los que sucedieron luego otros con objetivos científicos, etc.; quiero decir, en definitiva, que cada época tuvo sus viajeros y, como lógica consecuencia, sus libros de viajes que, en multitud de ocasiones, servían los intereses de la política imperante en los estados.

Es el siglo XVII cuando, como consecuencia de un inusitado interés por la cultura clásica, especialmente por la que llevaba el sello de Roma, hasta el punto de que ese periodo de la cultura inglesa se conoce como la “Augustan Age”, en recuerdo del emperador Augusto, el que empuja a los británicos hacia Europa para seguir las rutas del GRAN TOUR: Francia, los Países Bajos y Europa Central, rindiendo viaje en Italia. Tan importante era el GRAN TOUR, que muchas sociedades exigían, como condición “sine qua non”, a sus socios, el haber hecho esa ruta, sobre la que escribió un gran libro el periodista Joseph Addison, con el título **Remarks**, que alcanzó las veinte ediciones. No es de extrañar esa afición por los viajes de los sajones, si se tiene en cuenta que uno de los filósofos que más influencia tuvo en el pensamiento inglés de los siglos XVII y XVIII, Francis Bacon, consideraba el viaje como una parte esencial de la educación, aconsejando que se hiciera antes de los 21 años, acompañados de un “travelling tutor”, que luego solía escribir sus experiencias, con lo cual adquirían la fama que les iba a servir para conseguir nuevos contratos como acompañantes. El caso es que el inglés viajaba más que el resto de los europeos, circunstancia de la cual sacaba su tajada la famosa Royal Society, que disponía de una serie de manuales con las instrucciones que debían observar quienes viajaban, lo cual proporcionaba una información exhaustiva sobre los países visitados que luego Inglaterra utilizaba con fines políticos.

La indudable mejora de las infraestructuras de caminos, posadas y medios de transporte, propició en el siglo XVIII un importante incremento de los viajes por Europa, alentados por la manera de pensar que trajo la Ilustración, con su actitud dinamizadora de la cultura, el ansia de conocimientos y el deseo de compartirlos que expandió en la sociedad. Así, los libros de viajes, sobre todo de autores ingleses, comenzaron a adueñarse de las bibliotecas de los “ilustrados”. Ana Clara Guerrero habla de la biblioteca de Jovellanos, estudiada por Climent, en la que había 71 libros de literatura, 77 de teología y religión, 46 de filosofía y 60 de viajes, haciendo la observación de que en la época encabezaban la lista de preferencias los libros de teología, seguidos de los de viajes, cuyos autores recibían de los editores emolumentos que sextuplicaban los de los más afamados dramaturgos. Convivían, por entonces, los “viajes educativos”, que he mencionado, con los que se denominaron “filosóficos” o “ilustrados”, estos últimos inspirados en el espíritu de la Royal Society, cuyo objetivo era hacer una especie de inventario sobre la situación de los países visitados, con la inclusión de observaciones de los viajeros sobre las causas de las situaciones que iban conociendo: así hubo autores que, como Broker, afirmaban que era el clima el culpable de la actitud indolente de los andaluces. Eran, por tanto, aquellos viajeros ingleses “ilustrados” una especie de quinta columna que facilitaba al gobierno de Su Graciosa Majestad y a la propia sociedad, un conocimiento bastante manipulado, sobre el país visitado, que ponían al servicio del chauvinismo inglés más exacerbado: se trataba de libros utilitarios relativamente, casi patrióticos, en los que se llegaban a incluir los precios de los artículos y hasta partidos de tenis de la nobleza española, como hizo Cumberland.

Ya en el último cuarto del siglo XVIII, sobre todo desde que ve la luz el libro de Laurence Sterne **Sentimental Journey** (1768), aparece un nuevo concepto de libro de viaje que, durante varios años, convive con los viajeros “filosóficos” en el que el

goce de la narración comienza a ser el objetivo, aún sin abandonar totalmente el trasfondo informativo patriótico al que me refería anteriormente. Ya no es la informática “útil” lo que mueve al viajero, sino la visión auténticamente personal en un momento que, para una historia del libro de viaje, hay que situarlo entre la etapa de los libros “filosóficos” o “ilustrados” y los “románticos” que nos dejaron los viajeros del XIX, etapa que se conoce como “The age of sensibility” (la época del periodo de la sensibilidad). Por entonces, hay ya un viajero por España, William Beckford, que vino el año 1788, para quien las fiestas y los acontecimientos sociales son los temas que le llaman la atención, si bien este interés se circunscribía al ámbito de la nobleza. Pero estos viajeros, que los estudiosos clasifican como “pre-románticos”, tratan ya de despertar con sus narraciones sentimientos y emociones, incluso van introduciendo en sus publicaciones ilustraciones, grabados, que alcanzan toda su magnificencia en los libros de Gautier, Davillier o Borrow, ya bien entrado el siglo XIX, con mención especial para Gustavo Doré, acompañante de Davillier en su visita a Cuenca: es la época de los viajeros románticos, entre los que destaca Richard Ford, autor de libros y manuales para viajeros por España, verdaderos antecedentes de las guías informativas, entre las que destacaría la famosa guía Murray.

A tenor de lo dicho hasta ahora, es fácil colegir que no todo lo que se contaba de España en los libros de viajes, sobre todo ingleses y filo-sajones, merecía el crédito de los lectores con espíritu crítico. Los falsos relatos estaban a la orden del día; los llamados “firesides travellers”, viajeros de chimenea, verdaderos especialistas de la invención, proliferaron ante la general aceptación de los lectores, circunstancia que considero lógica si, dado el arraigado sentimiento chauvinista en los ingleses, se utilizaba el viaje como soporte para las narraciones que tenían, como principal objetivo, la crítica del país visitado. Los estudiosos del tema afirman que se alcanzó tal perfección en la narración de falsos viajes que se hacía poco menos que imposible distinguirlos de los verdaderos, hasta el punto de que hay polémicas, que han llegado a nuestros días, como la del caso de la condesa d’Aulnoy quien, a finales del XVII, publicó **Memorias de la Corte de España** (1690) y un año después **Relación de un viaje a España**, que además de no ser condesa, sino simplemente baronesa, era una reconocida especialista en cuentos de hadas, por lo que los especialistas no están seguros, todavía, si no se trata de una “viajera de chimenea” que, por cierto, tiene escritos sobre Toledo.

Otra cosa muy distinta es la influencia que el escenario español, con todas sus dificultades, pudo ejercer en los viajeros ingleses. Chocaba a los sajones la meticulosidad de los aduaneros españoles que llegaban a sospechar de los libros, hasta el punto de que los manuales para viajeros aconsejaban no traerlos. Los caminos eran difíciles, las posadas escasas y sucias, y aunque los posaderos estaban obligados a proporcionar cama a los viajeros y pienso para sus animales, así como medios para que se guisaran la comida, solían ser los clientes quienes viajaban con su propia cama y, por supuesto, las vituallas como: lengua seca, huevos duros, té, azúcar, etc.; incluso su propio cubierto. Los viajeros ingleses repudiaban, por ejemplo, el aceite español, porque veían a los posaderos echar el de los candiles a la comida, criticando el hecho de que no se podía jugar a los naipes en las posadas, ni leer las gacetas, ni fumar y, además, apenas había posadas porque no había suficientes viajeros, y no había viajeros porque no había posadas, hasta el punto de que el gobierno obligaba a los vecinos a ser posaderos, por riguroso turno, al menos durante dos años. Por todas estas circunstancias, los autores de libros de viajes solían incluir en sus publicaciones manuales a modo de guías con toda clase de datos, aconsejando incluso las fechas para hacer el viaje a España como: libro auxiliar para entenderse en cuestiones de idioma, recomendaban el **Tesoro de la lengua castellana**, de nuestro canónigo Sebastián de Covarrubias, mientras Antonio Ponz, que después de su viaje por España, en el que visitó nuestra ciudad, hizo otro por Europa, se encargaba de divulgar el hecho de que para hacer el viaje desde Edimburgo a Londres se solía hacer testamento.

Antonio Ponz fue un furibundo crítico de los libros de viajes de los escritores ingleses, sobre todo de Edward Clarke, autor de ***El estado presente de España y de la nación española***, que publicó en Bruselas, en dos tomos, en el año 1770. Ponz salió al paso de las negativas opiniones que vertía sobre nuestro país con una dura crítica en el prólogo de su obra ***Viaje por Europa***, crítica que fue suscitada por un texto en el que, otras lindezas, describía a los españoles como “*genios reservados, taciturnos, desconfiados, insociables...*”, etc., amén de destacar la negativa presencia de ingleses, tildando a Clarke de ignorante en cuestiones de arte por afirmar que Velázquez sólo había pintado bóvedas, no siendo éste el mayor de los errores. Hubo otro español, diplomático, Nicolás de Azara quien, desde Roma, no fue menos duro en sus críticas a Enrique Swinbune, que en 1799 publicó ***Viaje por España***, que constituyó todo un alegato contra el ambiente español, si bien hubo autores, como Ricardo Tais o Juan Talbot Dillon, que en sus libros de viajes dieron noticias objetivas sobre la realidad española: el primero, muy defendido por Ponz, quizás porque en sus publicaciones se había servido de sus notas, sobre todo en materia de arte.

### **Los malos caminos abocan al aislamiento**

Pero ¿qué trayectos hacían estos viajeros por España? La realidad es que no había rutas determinadas, ya que dependía del punto de acceso a la península, aunque sí había zonas que llamaban especialmente su atención, como podrían ser Toledo y su entorno, Levante y, sobre todo, Andalucía para los viajeros románticos del siglo XIX, quedando Aragón y La Mancha como meros territorios de paso hacia las zonas de preferencia. Normalmente venían por Aragón y penetraban hacia Toledo por Zaragoza y Guadalajara y, desde Toledo, accedían a Andalucía, generalmente por Almagro, Santa Cruz, Valdepeñas, etc. Cuando el viaje se hacía hacia Levante, desde Toledo, que solía ser el centro de referencia, se cruzaba por Almoguer, Socuéllamos y La Gineta y, en ocasiones, un poco más al norte, por Tarancón, Castillo de Garcimuñoz y Campillo de Altobuey, quedando siempre la ciudad de Cuenca a trasmano, salvo en contadísimas ocasiones, a pesar de que ya, desde finales del siglo XV, como recoge el repertorio de Juan de Villuga, en 1546, la Real Cañada de Carreteros, creada en 1497, tenía a la capital conquense como nudo de una serie de caminos importantes, tales como Burgos-Cuenca-Campillo-Valencia; Tortosa-Teruel-Cuenca-El Toboso, por donde pasaba el camino de Toledo a Alicante; Madrid-Campillo-Valencia y otro de Cuenca a Jaén, con sendos ramales a Córdoba y Baena. Con esta red de caminos, que se suponen muy frecuentados por arrieros, generalmente moriscos, que llenaban los 34 mesones de la ciudad, uno de los 29 núcleos urbanos del país, del que fray Juan de Marieta había dicho en su obra ***Historia eclesiástica de los Santos de España***, editada aquí a finales del XVI, que era una “*ciudad que no se había hecho para ciegos*”, además de la próspera situación económica que disfrutaba, no se encuentra explicación a las ausencias de ciertos viajeros, salvo la de que venían a conocer la España estereotipada, con un cliché previo en sus proyectos de viaje, porque en la corte de Felipe II, por ejemplo, la valoración de Cuenca llegaba al punto de que el propio rey envió a Wyngaerde a que dibujara nuestra ciudad para decorar su Alcázar de Madrid.

Lo cierto es que los viajeros que vienen a Cuenca son muy escasos y dispersos en el tiempo que, además, raramente se asoman a las publicaciones. A este respecto, dos conquenses de Leganiel, Ángel y Jesús Villar Garrido, acaban de publicar un interesante libro, ***Viajeros por la historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha***, en el que podemos rastrear la magra presencia de viajeros por el territorio conquense, desde el siglo XII cuando anduvo por estas tierras Mohamed Al-Idrisi; cinco siglos después, en el XVII, viene Des Essarts, que cuenta su paso por La Pesquera, Campillo de Altobuey, Barchón de Layos (Barchín del Hoyo) donde recuerda la leyenda del tesoro que luego permitiría descubrir el castillo, Bonache del Arzón (Buenache de Alarcón), Castillo de Garcimoños (Garcimuñoz), Montalbanejo,

Villacañas, El Hito, Estilices (Saelices) y Tarancón, o sea, el trayecto de su vuelta a Madrid, procedente de Valencia. Un siglo después, en el XVIII, hace el trayecto a la inversa el Barón de Bourgoing. Un siglo más tarde, en el XIX, la época de los “románticos” pasa hacia Andalucía, como todos ellos, el famoso Richard Ford que sólo tiene un recuerdo de las tierras de Cuenca: el vino de Tarancón que, como el de Arganda, se suministra a Madrid y, por fin, el barón Jean-Charles Davillier con Gustavo Doré, los únicos extranjeros que al parecer pasaron por la capital, en la que permanecieron algunas jornadas, las suficientes como para saborear el misterio de la ciudad, de la que Doré recogió unos magistrales grabados. Sobre aquel viaje escribió Davillier: *“Hay una ciudad en España que muy pocos extranjeros quieren visitar y que, sin embargo, puede ser comparada, al menos desde el punto de vista pintoresco, como algunas viejas ciudades españolas, como Ronda, Toledo o Ávila”*, pero luego insiste el barón en que Cuenca es la ciudad que más se parece a Toledo, con una notable catedral y un oscuro porvenir por cuanto está aislada, y dice el barón que *“permanecerá aislada algún tiempo todavía”*, profecía que Davillier pronunció en 1862, hace 136 años: 56 años después, en 1919, Eugenio Noel le comentaba a Rusiñol durante sus encuentros por la Hoz del Huécar que el territorio de Cuenca era como una calva, rodeado de caminos y ferrocarriles y en medio de la soledad más absoluta. Davillier y Doré tardaron 20 horas en recorrer las 30 leguas que separan Madrid de Cuenca, por una carretera muy accidentada y en pésimas condiciones, la misma que, por su estado, predispuso al novelista Pedro Antonio de Alarcón en contra de la ciudad de Cuenca, como dejó muy claro en sus escritos, claro que Alejo Carpentier, ya en 1935, año de su primera visita a Cuenca, tardó 36 horas en el mismo viaje, todo un handicap para los viajeros, aunque no sea ésta la causa determinante de tantas ausencias.

## Los escritores y Cuenca

En mis rastreos por bibliotecas y catálogos no encontré un solo libro de viajes, escrito por autores foráneos en el sentido estricto del género, en el que el territorio de Cuenca fuera centro de atención: hay capítulos, referencias más o menos extensas, sobre todo de la capital, en libros de autores que han contado sus impresiones tras un largo viaje por diversas tierras, como Noel en su libro ***Piel de España***, en el que publicó su artículo “La paz de Cuenca”, o Morla Lynch, que cuenta la estancia, durante tres días de la Semana Santa de 1932, acompañado de García Lorca y Rafael Nadal, en su obra ***En España con Federico García Lorca***; la docena de acuarelas sobre Cuenca publicadas por Muirbreand Bons en el libro ***Viaje a España*** o Aloyos y Vicent que hace una importante referencia de nuestra ciudad en su libro ***Hogueras de Castilla***, ilustradas con algún grabado de Castro Gil; Pedro de Lorenzo en su ***Pasionario*** y, sobre todo, en su ***Relicario de Cuenca***, dicho sea, abriendo un tanto el concepto de libro de viajes. Pero este reducido panorama es similar al que presenta la producción de género entre los autores conquenses, de quienes apenas puedo reseñar la recientemente iniciada colección ***Tierras de Cuenca*** que José Luis Muñoz Ramírez ha distribuido en una veintena de libros, algunas publicaciones de Romero podrían incluirse en el género y, posiblemente, el ***Cuenca, Cosas y Gentes***, de José Luis Muñoz, Juan Ruiz Garro, José Ángel García y quien les habla, más por su estructura y resultado final que por la intencionalidad primera de la publicación. Está claro que no se consideran las múltiples guías, desde aquella primera de los años veinte, del Museo de Arte, pasando por las de Moragas, Federico Muelas, César González Ruano, Anselmo Sanz, Larrañaga, José Luis Muñoz, etc. que, algunas, a pesar del estilo, en ocasiones muy narrativo, no cumplen con los requisitos de un libro de viajes.

Pero esta penuria del género que nos ocupa, con respecto a Cuenca, resulta un tanto extraña a tenor de los visitantes, algunos de ellos insistentemente reincidentes, que ha tenido nuestra ciudad desde los últimos años del siglo pasado a nuestros días

y que han llevado a Cuenca a sus artículos, a sus cuadros y, en su ambiente, han creado ficciones, algunas de las cuales son páginas importantes de la literatura española que, incluso, han enganchado gentes importantes a Cuenca: ahí está el caso de Alejo Carpentier, ya mencionado, que sintió el tirón de esta ciudad, allá en La Habana, leyendo *La canóniga*, el relato que Pío Baroja recogió en su novela *Los recursos de la astucia*. Una ciudad que está en las novelas de Galdós, Pérez de Ayala, González-Blanco o Emilio Romero, Gonzalo Torrente, Payno, Sueiro, etc., por relacionar a unos cuantos, en el trasfondo de la mayoría de las pinturas de Gutiérrez Solana -que, paradójicamente, no la menciona en su literatura-, en las colecciones de dibujos de Wifredo Lam, la pintura de Rusiñol, en la poesía de García Lorca, Gerardo Diego, en los escritos de Unamuno, D'Ors, Cela, Marías, como Florencio recordaba en su anterior intervención y, sin embargo, no alcanzó jamás el protagonismo de un libro de viajes, quizás porque la ciudad en sí nos constituya un tema, pero otra cosa es el entorno territorial que, por ejemplo, tan bien supo aprovechar Cela, por dos veces, en la Alcarria de Guadalajara, o posiblemente porque Cuenca estaba a trasmano, es decir, fuera de las rutas acostumbradas por los viajeros.

Sin embargo, hay dificultades para comprender cómo una ciudad que recibe ese título en el reinado de Alfonso X, que está siempre presente en las Cortes de Castilla, que es uno de los 29 núcleos urbanos con que cuenta España en el siglo XVI, cuya silla episcopal es anhelada por las familias más relumbrones, incluidas la de algún pontífice, con una nobleza muy influyente, cabeza de cuadrilla de la Mesta, de Tribunal de la Inquisición, cruce de caminos de la Real Cabaña de Carreteros, cuna de personajes de quienes se ha dicho que fueron protagonistas de la historia universal en el siglo de mayor poderío internacional de España, entre otros blasones, pudiera estar fuera del interés de los viajeros de la época como León de Rosmihal, que llegó hasta Hita y Sigüenza, Andrés Navagero que anduvo por Santa Cruz de Mudela y Valdepeñas o Jerónimo Münzer que anduvo de Zaragoza a Guadalajara que, por cierto, alquilaba los caballos a los arrieros: sólo el hecho de que, como ya he dicho, los viajeros solían llegar a España con un cliché exacto de sus visitas, del que estaba excluida la de Cuenca, explica el olvido de esta tierra, porque otra cosa es el siglo XVII y siguientes, una vez que la ciudad cae en la decadencia que todavía acusa.

Hoy asistimos a un resurgimiento del género de viajes: las principales editoriales han iniciado la publicación de interesantes colecciones sobre el tema, del que se preocupan importantes plumas, como Saramago, reciente premio Nobel o Miguel Delibes, y todo parece indicar que hay una feliz acogida de estos libros. La cuestión, ahora, es cómo llamar la atención hacia Cuenca de los santones de la literatura: ¿una política de encargos? ¿acaso prestigiar, con buena dotación, por supuesto, un premio literario? ¿interesar a los escritores indígenas en el género, asegurando la publicación de los libros seleccionados debidamente, mediante concierto con editoriales que dispongan de importante red de distribución? Porque plantear la cuestión para consumo interno no merece la pena. El mundo literario es complicado, difícil y tortuoso, con muchos intereses en juego, por lo que la solución al planteamiento que podríamos formular en esta ponencia, siempre será muy aleatoria.